

Oyá

No sé si nacimos el mismo día, pero intuyo que compartíamos tiempos similares sobre este pueblo, a los bordes del río San Juan y del océano Pacífico, porque en mis primeros recuerdos siempre está ella, siempre segura y firme, desde tan niña. El instinto y la necesidad de compañía tejió nuestra relación. A veces me sorprendía encontrarme corriendo tras sus deseos, sin saber por qué, y otras encontrarla siguiendo mis pasos ansiosos y saltarines. Me gustaba verla jugar con el mar, ver cómo huía de las olas, cómo se carcajeaba cuando el agua tocaba sus pies pequeños de luna nueva. Imitando a la libertad, recorría todos los días en pantaleta este pueblo-selva de calles de tierra, de alabaos a los muertos cada tres días y de casas ancladas sobre el estero.

Su madre la bautizó Oyá, en honor a los dioses *orishas*, y como lo vi en muchos habitantes de este lugar, su ombligo tenía esa cura de polvo de arañas, de achiote y biche. Yo no sé de dónde o cómo surgió mi nombre, pero cada vez que Oyá me llamaba, solo podía ir tras ella. “¡Tanmé!”, me gritaba, con su voz de coquimba; me acariciaba la cabeza y me

* Fotógrafa, collagista y poeta bogotana. Profesional en Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Antropología y Culturas Visuales por la Universidad Nueva de Lisboa (Portugal). Sus trabajos sobre el dolor, la geopoética y las prácticas de la literatura en la vida cotidiana han sido publicados en revistas académicas y literarias. Escucha los *allegros* de Wagner en días de lluvia. e-mail: csierraro@unal.edu.co



Nabely Figueroa Lee, "El libro rojo de Thomas" (2021).

llevaba de paseo por los manglares. Éramos una sola sombra en la selva y arriba del potro. En esos borondos ella me decía, cada tanto y en voz baja: "Tanmé, ¿sabes que eres mi guardiana, mi protectora?". Sí que lo sabía y supongo que lo mencionaba cuando se sentía amenazada, pero qué podía hacer yo con un latir peludo y chandoso.

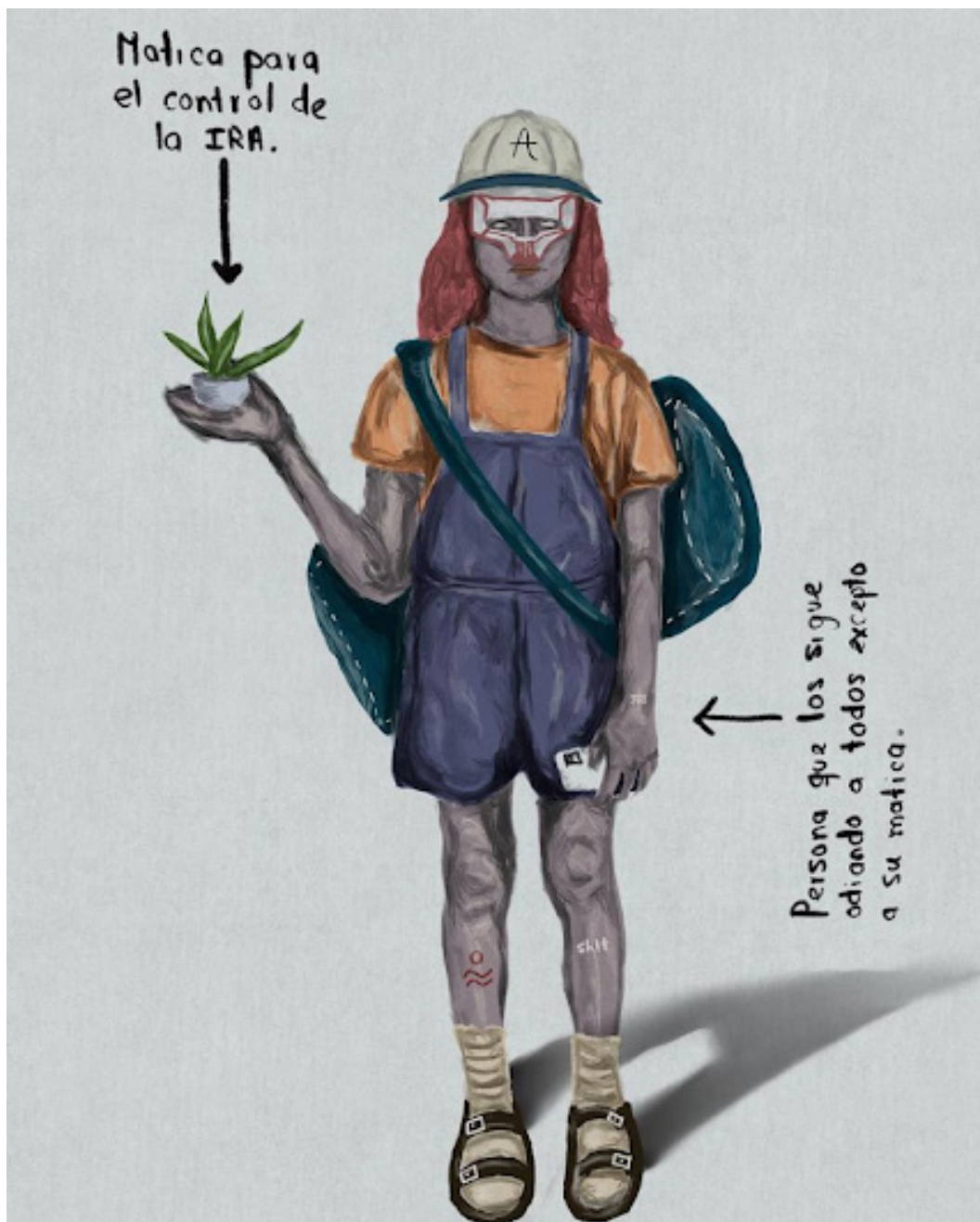
El murmullo del litoral era el tiempo que parecía posarse solo en el cuerpo de Oyá, que de a poco se volvía uno de mujer. Todas las lunas llenas íbamos a visitar su árbol, donde resguardaba su esencia, su raíz, y que era el lugar de los baños medicinales. En ese ritual de aguas dulces y lágrimas, yo la miraba absorta, jadeante. En su piel el agua del río era fuego. A veces Oyá iba hasta la playa, a tocar la marimba, y mientras el oleaje le repicaba, le veía imaginar la libertad, ese deseo heredado de sus antepasados, los que venían de África. En esas noches de amar la música, su mirada en trance era la nostalgia, y la mía un deseo por

no perderla nunca; siempre temí su ausencia. Cuando se cansaba de preguntarle al mar por el dolor, danzaba. Inclina su cabeza como reverencia a las tortugas que desovaban en la playa. Su cuerpo giraba varias veces buscando entregar el miedo al mar, ese que era una segunda piel para ella y para el cuerpo-agua de su pueblo. Su ritmo nunca era el mismo, y sus pies de manglar, de guasá y cununo saltaban henchidos de rabia y alegría. Oyá extendía los brazos como solicitando a los dioses un fin, un inicio, pero su ruego solo alcanzaba el bogar nocturno de los pescadores. La mezcla de compases era un vaivén con *Jemanjá* que predecía fuego, ahogo, escape: los infinitos destinos de su raza. En el baile de Oyá el dolor aparecía como fuerza y movimiento. El ocaso de la noche era el ritmo que se desparramaba por la selva, trepaba hasta las bromelias y finalmente moría en el aleteo de las ballenas. El ritual de Oyá en la playa era un arrullo, una ofrenda para *Changó*.

El canto grave nos ungió de sueño. Amanecíamos con hambre y entonces su ternura consistía en lanzarme por debajo de la mesa los restos de los manjares que su madre le preparaba. Amábamos el chontaduro, el plátano frito, las empanadas de piangua y jaiba. Después de miniguitar, íbamos a bogar por la mar, el río y la selva. El destino nunca estaba marcado. Éramos la corriente del estero, y cuando el potro se aproximaba a la orilla de ese deseo por olvido, agarrábamos pianguas, camarones y quizás uno que otro cangrejo azul. Me aterraban esos bichos extraños. La cicatriz en mi hocico develaba ese miedo. Si mis pesadillas eran los cangrejos, los de Oyá eran los hombres-motor, que explotaban con su llegada la mar, y como por arte de magia desaparecían el ritmo, la vida, el pueblo. Pero en nuestros borondos por el agua grande el miedo se diluía. La tranquilidad efímera de la mar la pagaba Oyá ofrendando su cuerpo desnudo en el potro y ese fruto negro y airoso saludaba a *Olorun*, que veía desde el cielo nuestro juego para olvidar, y nos regalaba lluvia. Cuando sucedía, la imagen de Oyá-planta aparecía. Yo, una perra, creía que su cuerpo precisaba ser regado para apagar el fuego que consumía a su pueblo, para controlar la marea.

Hoy cuento como creo que cuenta un animal, para sus adentros, para el arrullo, para sacudir el miedo y para invocarte, Oyá. Quiero arrebatarte tu *axé* a las olas, responder a tu solicitud de cuidado, pero hoy solo hay fango y heridas pegados a mis patas, y eso dificulta tu búsqueda. En mi recuerdo, que quizás sean sueños, *Jemanjá* viene, va, viene. La memoria de mi olfato trae sonidos de pasos acelerados y desnudos, de llantos contenidos, de angustia. El alboroto de ese día de miedo eterno me hizo perder tu rastro, y el dolor, ahora como nunca, duele, porque solo hay mar por delante. ¿A dónde iría? No sé dónde estás. No sé si las olas se volvieron sangre, trueno y rabia. No sé si cobijaron o condenaron a tu pueblo. ¿Están ahora en un mejor destino?

Recorro este lodazal esquivando los restos de lo que se suponía refugio. Busco tu danza y aparece un eco de alabaos que se mezcla con mis aúllos, con el fantasma de la marea, de las descargas, de la marcha. ¿En qué momento desapareciste? ¿Dónde están los seres-potro? ¿Dónde estás, Oyá? Si el silencio no deja de nombrarte lluvia, si en tu árbol ahora solo crece vainilla. No me dejes, no me dejes aquí sola lamiéndome las tetas.



Nabely Figueroa Lee, "La maticia para el control de la ira" (2021).